

# Memorias



IV Festival Internacional de las Artes de Arenas de San Pedro  
Palacio de la Mosquera, Arenas de San Pedro

# MemoriaS

IV Festival Internacional de las Artes de Arenas de San Pedro

Desde el 13 de agosto al 16 de octubre de 2011

Palacio de la Mosquera

La memoria, las memorias...  
(o de cómo - y cuándo - los recuerdos nos dejan de pertenecer)

*«Decidimos mantener el contacto/  
por mutuo recuerdo»  
Raúl Iglesias, Haiku*

### Una magdalena

Será porque uno tiene - afortunadamente, aunque no siempre - el vicio de seleccionar con ojo crítico a sus amantes, pero coincide siempre (al menos, en lo que a los relatos se refiere) que es de los extraños momentos de impostada intimidad próximos a la madrugada de los que mejores -si no más profundas- reflexiones he sacado en los últimos años.

Aquel era peculiar, en cualquier caso. Aquel affaire en cuestión, retenido durante mucho tiempo - siempre como futurible posibilidad- pese al escaso conocimiento que nos unía, se había dado en el momento exacto en el que un viaje (a México, creo) de aquel antiguo conocido hacía irremisible, quizá, lo que ambos en el fondo llevábamos tanto tiempo buscando, y esa unión de última hora no haría sino exacerbar: vivir en la eterna pérdida, en el puro deseo.

Así que allí, entre maletas prestas a embarcar al día siguiente y sin fecha en la que volver a ocupar - a no hacerlo nunca, de hecho-. En aquella habitación de alquiler en el centro de Madrid, decidimos fumar un último cigarrillo antes de que las impertinentes luces del alba clausuraran definitivamente el relato hasta el momento - el del deseo - para abrir irremisiblemente el siguiente y esperado - el de la eterna pérdida. Quizá, ya se decía, no eran sino el mismo. Maldita melancolía.

Entre el humo de las últimas caladas y las tinieblas disipándose entre los marcos del ventanal abierto, anunciando un nuevo y caluroso día de julio en Madrid, dejé caer mi mirada en una fotografía enmarcada en la mesita de noche, discreta hasta entonces tanto por su pequeño tamaño como por las sombras de la habitación.

Ten cuidado con esa foto, por favor - Me comentó aquel compañero mientras sujetaba mi muñeca con tanta firme cautela como la ocasión requería.

No te preocupes - le comenté - Es un vicio absurdo que tengo. Me gusta ver las fotos de la gente a la que quiere la gente a la que aprecio.

Encendí la pequeña luz de la mesilla. 25 vatios; demasiado escasa y antigua como para no haber sido encontrada en la calle, quizá por eso abandonada ahora en la habitación de la que pronto habría desaparecido - al menos, por unos días - casi todo rastro humano. La amarillenta luz me reveló algo que no esperaba encontrar - o quizá sí, quién sabe si es eso lo que todos esperamos -: en aquel papel (hoy casi resto arqueológico de la época en que la fotografía todavía era analógica y ni soñar podíamos con llevarla a cuevas en nuestros modernísimos teléfonos) se veía el retrato, ajado por las veces que debía haber estado entre las manos, bajo la almohada o en el bolsillo de su propietario, de dos chicos jóvenes, de unos veinte o veintidós años, en lo que parecía el Generalife (la Alhambra - o el Kremlin, confundidos entre sí como pasaba con los viajeros españoles por Rusia del XIX- parecía asomar a sus espaldas). Uno de ellos era indudablemente mi amigo - al que mantendré en secreta intimidad- idéntico sin duda a como era cuando le había conocido, tan sólo cinco años atrás, aunque los años, en ciertos momentos de la vida, empiezan a marcar sus huellas con pinceladas apenas perceptibles sobre los rostros. Seguramente, no obstante, la fotografía era anterior - o él, como parecía claro, un romántico prendido de la imagen sobre papel.

Lo sorprendente - o ya decía que no tanto - era que aquel que aparecía en la fotografía junto a él (ambos sonrientes y radiando la emoción que provoca, tal vez, una primera y quién sabe si furtiva escapada juntos) era idéntico a como yo mismo me recordaba en el momento en que nos conocimos.

Asombrado por la situación, y a pesar de que mi expresión seguramente reveló, aunque fuera por unos segundos, mi desconcierto, decidí mantener el tipo y pasar por alto el parecido - pura casualidad, pensé en un primer momento -.

¿Quién es él? - fue todo cuanto alcancé a preguntar para salir de aquel instante helado en el tiempo, mientras trataba de alcanzar, pasando por encima de su cuerpo, el paquete de tabaco abandonado junto al colchón. Jorge. Fue el primer chico con el que salí más o menos en serio en mi vida.

¿Cuánto tiempo estuvisteis saliendo? - he aquí mi capacidad de asombro, aún hoy y por imposibilidad autoimpuesta, ante las relaciones sentimentales prolongadas en el tiempo.

Tres años. Aunque por mí habría estado una eternidad - contestó cabizbajo. Cogió el mechero de entre mis manos, sólo para jugar con él.

¿Te dejó?

La impertinencia también ha sido siempre uno de mis puntos fuertes, como quedaría claro por su contestación.

Se fué. Digámoslo así. Deberíamos haber vuelto juntos de aquel viaje, ¿sabes? Pero nos enfadamos por una tontería de adolescentes y decidió volver por su cuenta en un autocar.

Vaya. Lo siento - fue todo cuanto atiné a decir (¡Qué original!) mientras devolvía, también cariñosa y cautelosamente, la fotografía a su lugar de origen en la mesilla de noche.

No te preocupes. De eso hace ya algunos años, aunque creo que le sigo queriendo. Siempre lo haré. Todos los días me acuerdo de él.

Es normal, claro, si le quisiste tanto...

Dirás que es como de libro, pero creo que lo que me ata aún a él es no haberme podido despedir como se debe. Que se marchara quizá enfadado conmigo. No saber qué pensaba de mí en aquel último minuto... Es algo que no puedo explicar.

«(Son las cosas de las desapariciones)» - pensé para mí, pues la ocasión no era como para filosofías de andar por casa- . Y es que siempre he pensado que la muerte es, precisamente, lo que reta todo aquello en lo que creemos o creímos alguna vez: aquello que demuestra que ni las imágenes de «la muerte» ni de los muertos, ni las palabras con que se habla de ellos, sirven al final para nada. «La muerte» o lo que quiera que esta sea, es el mayor desafío a nuestras palabras y a nuestra manera de narrar el mundo... Aquello para lo que no contamos, realmente, con palabras para poder hablar... «Es algo que no puedo explicar»

Perdóname por recordártelo - dije, inconsciente de la «realidad» del asunto (o lo que «lo real» quiera ser también, pues es a eso, precisamente, a lo que reta la muerte - al menos como narración y catalogación de todo lo percibido por los sentidos- y hasta lo no percibido también) - Y perdóname sobre todo por haber cogido la foto a la ligera.

- No te preocupes - dijo con media amarga sonrisa mientras me pasaba la mano por la cabeza (debía intuir que algo en ella andaba maquinándose y había que calmarlo como a un animal nervioso). - Esa fotografía es sólo importante para mí, no tenía por qué serlo para ti. Y yo la tengo ahí, a mano.

Bueno, ya lo dicen los ladrones de verdad: lo importante no es siempre lo que más escondido está.

También ahí tienes razón - Menos mal que al fin, tras el tropezón que había tenido trayendo a colación el terrible episodio de su vida, había podido al menos hacerle sonreír con el apunte. - Si, es verdaderamente importante para mí. Es mi magdalena de Proust.

¿Tu magdalena de Proust?

Si. Ya sabes: eso que te hace recordar.

¿Alguien escucha sonar una «alerta por pedantería» por alguna parte? Debería haberlo hecho – otra de tantísimas veces- para ahorrarme ahondar en brechas de este tipo.

Hombre - con Proust hemos topado. - No es exactamente así como el recuerdo le venía a Proust por la magdalena... No; no es lo mismo que con una fotografía. La magdalena es lo que le provoca una especie de «viaje en el tiempo», y por donde empieza a recordar la infancia; en la foto tú tienes ahí «ese pasado», ese concreto, presente directamente... Eso se parece más a lo que cuenta también Proust en otro de los libros de esa serie - ¡qué pesado, madre!- cuando habla de la fotografía de Mme de Guernantes, que dice algo así como que al ver la fotografía era como si ella se apareciese ante él.

Tampoco creo que sea así exactamente. Pero bueno, da igual, el caso no es cómo ni por qué recuerda uno, sino qué recuerda uno o deja de recordar. Por eso está ahí esa foto.

No era cuestión - ni mucho menos- de embarcarnos a esas horas de la mañana en semejante discusión, así que la dí - de momento, quizá para siempre, al menos compartida con él - por clausurada por el momento.

¿Te parece que durmamos un rato?

Se me hace tarde. Antes de irme esta noche tengo que ir a Toledo a casa de mis padres para despedirme, así que me voy a ir yendo a la estación. Tu si quieres puedes quedarte, le dejo una nota a mi compañera de piso para que no se asuste si te ve mañana por aquí.

¿No te molesta?

No. En absoluto. Descansa, ¡tú que puedes!

Mil gracias.

Le miré, con los parpados cayendo cada vez más pausada y menos intermitentemente, mientras se ponía sus vaqueros y sus mugrientas converse. Antes de que la habitación se convirtiera casi en un amueblado solar vacío de maletas se acercó a la cama, cogió su foto y se la guardó en un bolsillo, y se agachó para darme un beso de despedida.

Nos vemos - me dijo con una última sonrisa.

Aunque sea en foto... - bromeé tratando de aguantar despierto - tratando de hacer que aquella pérdida – otra más- fuese eso: sólo otro sueño.

No lo conseguí por más de un minuto después de que se hubiera cerrado la puerta, y con ella, se clausuraran definitivamente - agazapadas y silenciosas, como los verdaderos deseos ajenos al relato que queremos contar de nuestras vidas- las esperanzas de que aquella separación no volviera a ocurrir- no sucediera siquiera como por primera vez.

Me desperté, a la mañana siguiente - ya casi tarde - con la infinita sensación de vacío que deja toda aspiración a lo que no puede ser ( a-lo-que-no-se-quiere-que-sea, aunque duela reconocerlo) en aquella habitación vacía, pero iluminada maravillosamente por el sol de verano, preparándome a cargar, un día más, con uno más de mis recuerdos.

Me acerqué a la cocina con la boca seca y aún así encendiendo uno de esos que dicen mortales cigarrillos, como se acerca uno a un oasis en mitad del desierto, buscando a toda costa un atisbo de vida que le devuelva a uno a la realidad tras un prolongado delirio - o tan sólo un vaso de agua, es lo mismo. Y allí, sobre aquella encimera menos limpia de lo que cualquier madre habría podido desear, me esperaba una nueva sorpresa.

Una magdalena. Una simple, sencilla y ya casi seca - aunque debía haber estado fresca pocas horas antes, pues el papel era casi transparente por el aceite que había ido supurando. Y una nota, escueta, apoyada en ella e impregnada de su glicérico sudor en la que pude leer a duras penas - ¡qué mal bachillerato había

tenido este chico, que jeroglífica caligrafía! - una simple frase: «Aquí te dejo una magdalena, agnóstico Proust. Y un beso».

No sé si dolió más la duda sobre mi capacidad - completamente fundada- de aceptar otras magdalenas, o ese beso, eternamente suspendido en el vacío, que nunca llegaría a rozar mi piel.

Así que, aunque no hubiese podido comerme esa magdalena aunque hubiese querido (glucemia en sangre obliga), la envolví cuidadosamente en una servilleta y decidí conservarla cerca de mi mesilla de noche. Qué deliciosa paradoja: guardar una magdalena como quien guarda un recuerdo.

**Maldita melancolía - otra vez, aún, siempre.**

Así que volví a casa sujetando aquel pequeño, pequeñísimo tesoro entre mis manos como quien trata de sujetar con cada parte de su cuerpo las palabras de un bolero antiguo; como uno imagina que las terroríficas lubinas, con sus afilados dientes, pueden llevar a sus crías protegidas en la boca- como quien guarda los besos que nunca se llegaron a dar, apretados entre los dientes, aunque se atranquen en la garganta.

Y trataba de poner en claro los recuerdos de aquella noche, que no por cercanos eran entonces menos narración, y trataba de incluirlos en una gramática que, por el propio orden que ésta impone, me mantuviese a salvo de los sobresaltos que me habían - y aún me siguen- provocando: «Está claro - pensaba para mí, recordando aquella fotografía- que tenía razón Freud con aquello de que buscamos en cada pérdida la pérdida original. Que si aquel chico - pobre - había sido el amor de su vida, o él creía, al menos, que había sido tal, lo que hacía con cada uno de sus amantes - de entonces y de ahora, e incluso los que estarían por llegar- no era sino sostener el duelo de esa "pérdida primera"- esa pérdida que, de nuevo, él había sentido como tal- que le impidiera pasar ese duelo; dar los necesarios ritos de paso a los muertos - y valga la paradoja- que estos muertos se merecen, y haber seguido adelante...»

Porque ya lo dice Zizek - llámenme hipster - relejendo como siempre a Lacán - aunque cualquier folklorista enterado diría un poco lo mismo: Los muertos que no han recibido los necesarios ritos de paso, a los que no se ha dejado ir - aunque creamos que han sido ellos los que no han querido irse- son aquellos que vuelven para atormentarnos. No; a los muertos hay que dejarlos irse, ayudarlos a hacerlo en el momento en que tienen que marcharse no recordándoles lo que fueron o los que les quedó pendiente de hacer - eso es lo que les ata como fantasmas a un lugar y un tiempo que no los pertenece, como los personajes de Soledad Aragón, aquellos que «nunca se fueron del todo. Moradores de un proyecto inacabado nos susurran sus memorias escritas en el aire, en el polvo. Un mismo espacio, diferente tiempo» -. Hay que ayudarles en el camino que les queda por hacer. Es algo así a lo que remiten los versos de Llamazares elegidos por Jesús Peñamil para hablar de su obra «Humo es la belleza», con algo del tempus fugit , del tiempo que se nos va, que se nos está yendo, y al que tenemos que dejar ir: «Yo no sé si después de la muerte alguien vendrá a dormirme con leyendas aprendidas en lugares lejanos»

Precisamente en todo lo contrario consistía - quizá, y para mi descargo - la estrategia de mi querido conocido: en mantener vivo el duelo del amor perdido para que este duelo jamás fuese realmente tal; para que nunca se cerrase del todo, formando parte, así, del proceso del todo opuesto - también psicoanalíticamente- al de la asunción de la pérdida. Para que fuese, bien al contrario su indefinida prolongación - y, por tanto, su eterno «castigo»: la melancolía.

¿Padecía entonces mi amigo- como suele pasar a menudo- de ese síndrome propio de la melancolía en el que, lo que hacía, era «coleccionar» amantes como quien colecciona recuerdos? ¿No es esa, en efecto, la estrategia de cualquier coleccionista? Walter Benjamin lo deja claro en su artículo de los 30, «Desembalando mi biblioteca» en el que, de lo que nos habla no es de lo que trata cada uno de esos volúmenes que va sacando

de las cajas, sino en qué momento los consiguió o a qué le recuerdan: se trata, por tanto, de una colección de recuerdos. Por eso también, quizá, como los verdaderos coleccionistas no echaba mi amigo en falta lo que tenía – lo que iba teniendo, la ristra de amantes- sino precisamente lo que le faltaba en la colección - aquel supuesto original tan perdido como imaginado. Sin duda, un modo de mantener el recuerdo este vivir en la melancolía.

Aunque, si en esto también tenía razón Lacán - y jamás agradeceré bastante a mis profesoras las enseñanzas-, en el fondo todos estamos condenados a vivir en esta melancolía eterna incapaz de roper el duelo. Porque la pérdida es siempre anterior a lo que como pérdida creímos reconocer en nuestra vida: «Ser sujetos significa ser separados del primer objeto de deseo. La pérdida es el precio que el sujeto paga por ser admitido en el lenguaje [...] se trata de un duelo que dura la vida entera»... «No sé cómo explicarlo»... Estaba claro: el problema, una vez más, y como siempre, estaba en el lenguaje.

La memoria, el olvido (y otras construcciones culturales)

Nada más llegar a casa, y siguiendo la rutina habitual, abrí la bandeja de entrada de mi email. Allí, sin saberlo, me esperaba otro beso, otra invitación inesperada que tanto tenía que ver con aquel embrollo en que andaba mentalmente metido acerca de la memoria, los recuerdos, la desaparición de los seres queridos - e incluso de los que no lo fueron - y cómo nuestra forma de contar el mundo, de hablar de eso que llamamos «real», de contar las historias, de contar La Historia, en definitiva, no acababa sino por falsearlos a todos y hasta hacerlos desaparecer.

«Vamos, sólo es otro catálogo para una exposición» - me decían las amigas, siempre tratando de taimar mis desvelos, cuando les comentaba lo imposible que me resultaba, en aquel precismo momento, afrontar la situación.

«Es sólo una exposición» - pensaba yo mismo, y pensaba que pensarían todos aquellos que, cuando entraran en ella, la visitaran y recorrieran y salieran, quizá, con la idea de haber visto «una exposición más» como esas que cada fin de semana anuncian los culturales.... Pero no. O no al menos esta vez. Yo, desde luego, no podía salir indemne de la experiencia – esa es la maldita gracia del arte contemporáneo (del que realmente lo es por ambas cosas), y ahí estaba la primera obra que me enviaban para hablar de esta exposición: el Nosferatu de David Trullo, supuestamente creado para mostrar cómo en las muestras de arte artistas y galeristas aspiran a la mirada del espectador como los vampiros aspiran a las succulentas yugulares de sus víctimas nocturnas – o bien iluminadas por la luz (aunque sea artificial) de las muestras de las que habla el artista.

Hay algo, qué duda cabe (cualquiera que haya visto la reinterpretación del Drácula de Stoker por Coppola lo puede adivinar) de melancólico también en este asunto, mucho más que de terrorífico: pues no se trata ya de esos vampiros que imponen su voluntad, como los salvajes Nosferatus de Murnau o Herzog, valiéndose incluso de plagas de peste para someter la voluntad de una sólo víctima - «El mayor tormento es no poder morir», dirá un Kinski más apático que apasionado frente a su víctima, encaminándose al hilo de nuestros tiempos- sino que está en ellos ese ánimo de «resucitar a los muertos» que la fotografía (como la de Mme Guernantes en Proust, o la del amor primero de mi amigo) ponían tan claramente de manifiesto: «He cruzado océanos de tiempo para encontrarte», dirá el Drácula de Coppola entre lágrimas a punto de condenar a la vida eterna a su esposa reencarnada.... ¿quién es, entonces, en nuestros tiempos, quien vuelve ávido a buscar aquella mirada perdida? ¿Es el vampiro quien revive eternamente, o nosotros quien le llamamos, reencarnándonos una y otra vez para no dejarle descansar en paz, para mantenerle vivo – o «no-muerto», en este caso- y seguirnos alimentando, precisamente, nosotros de él?

Porque el vampiro, también eso parece claro, como sucede con los fantasmas en general, es la figura hecha carne - o literatura, mejor dicho- de la memoria por antonomasia - o así al menos me lo parece: aquella figura, representante del pasado en tiempo y distancia, que necesariamente tiene que volver para atormentarnos y recluarnos en ese pasado y ese territorio de «lo exótico» al que siempre aspira - aunque sea en las más pudorosas pesadillas- el alma occidental. Son, incluso, una de esas posibles respuestas necesarias - y, por tanto, recurrentes- a aquella dolorosísima cuestión de qué hay más allá de la muerte según sus posibles y distintas versiones.

Y es que la nostalgia tanto de lo vivido como de lo no vivido - también eso se me hizo de pronto presente a través de los trabajos de Cristina Márquez sobre algunos de los paisajes de Marruecos- a menudo tiende a relacionarse con ese «exotismo» de tierras lejanas tanto en el espacio como en el tiempo pues, tal y como decía D´Arcanville: «La antigüedad es un país inmenso separado del nuestro por un largo intervalo de tiempo». Por ello buscamos, como también parece hacerlo en esta muestra Pérez Cortijo, el origen perdido, la supuesta infancia o el hogar en pasados remotos y tiempos lejanos inconscientes de que volver a casa no asegura, ni mucho menos, recuperar el hogar o el recuerdo tal y como lo imaginábamos - de esto sabe bastante, seguro, Martínez Santamaría con su «Memoria encontrada» en el regreso al hogar de la infancia en Santa Clara. El recuerdo no la esperaba allí.

No podía esperarla, en cualquier caso. Pues volver atrás, volver al pasado tal y como se recuerda - no tiene nada que ver con volver al pasado tal y como fue en tanto que, desde el presente, los hechos vividos, las cosas vistas y escuchadas en el pasado no suceden simultáneas y solapadas (como las imágenes superpuestas de Alvarado y Ragá en esta muestra). No, nuestra memoria, enseñada culturalmente a lo que tiene que ver y a lo que debe olvidar. Lo saben bien aquellos que se preocupan de las autobiografías - algunas- en las que, tal y como cuentan Stirner y Yang «todo intento de escribir - o decir que se ha escrito- una narración verosímil sobre una vida está condenado a fracasar. Los vacíos conscientes o inconscientes de la memoria tienen que ser rellenados, y el resultado es siempre un enfrentamiento continuo entre la persona que experimentó y actuó en el pasado y la persona narrando y reflexionando en el presente». Dos «yoes» que se dividen en sujetos imposibles, tal y como señala Nora Catelli relejendo a Paul de Man: ante la página en blanco del que escribe su autobiografía - que recuerda, que vuelve al hogar, a la infancia - el yo se divide irremediamente en aquel que vivió los hechos y en el que hoy los recuerda e incluye en la lógica de la narración - dos «yo» que no son el mismo, que no han vivido ni en el mismo tiempo ni en el mismo espacio. Es más, dos yoes cuya mirada - «Tras la ventana del ojo», de Paz Santos es nítida al respecto - no les ha acabado nunca por pertenecer en tanto que el modo en que recordamos es el modo en que «vemos», en que percibimos la «realidad», y esta forma no es también sino convención - moldeada también por el poder para imponernos el modo en que debemos mirar (y lo que debemos mirar, sobre todo) a través del marco de las ventanas. También los trabajos de Luisa García y Susan Nash resultan bastante iluminadores acerca de lo que esta supuesta «realidad» puede, en última instancia, suponer: pues siendo los recuerdos, en el fondo, algo inapresable como la espuma de la marea que va y viene - y nunca vuelve del mismo modo en que se fue -, siendo madeja, telaraña superpuesta e inmediata, «no la tomamos cruda y si no es a sorbitos» (de ahí esos cacharros de cocina y esas pajitas de refresco formando una telaraña). No la tomamos tal y como es, no; pues no es sino como podemos percibirla y, más aún, no puede ser como la recordamos. Porque es manipulada siempre: alejada absolutamente de la inmediatez de la vida y enredada en la madeja que obsesiona a Occidente: la relación con el pasado y el futuro - la Historia

Por eso en el XIX, tal y como descubrió Foucault en su estudio sobre las regulaciones culturales que forjaron nuestra identidad, se codificó también la memoria - lo que se debía o no debía recordar, y cómo se debía hacerlo, sobre todo - seleccionando los detalles «importantes», «auténticos» (o dados por auténticos a menudo por repetición) imponiendo una memoria supuestamente universal - esa que denominamos la Historia, como disciplina- frente a las «pequeñas memorias», detalles en apariencia intrascendente para el relato general tal y como éste se ha contado - la «ropa tendida», la «cautela en lo que se dice por la presencia de ciertas



personas» según el diccionario de María Moliner y la obra de Almudena Mora a la que hace referencia.

La Historia (así, con mayúsculas) no acaba por ser sino una especie de memoria manufacturada y convertida supuestamente en «memoria universal». Como dicen acertadamente Hodgkin y Radstone: «El discurso de la memoria tiene un papel esencial a la hora de pensar en la relación entre el pasado y el presente». Por eso se tienen por «históricas» memorias como las de Stefan Zweig - quien llega a llamar a su autobiografía El mundo de ayer cuando el mundo, realmente, es demasiado grande como para ser ocupado por una sola persona-; y por eso se dejan fuera de los relatos de la Historia (de la memoria), aquellos «detalles» que sólo pertenecen a unos pocos. Y por eso no sorprende que hasta en las biografías más transgresoras, o menos comunes, al menos, tal y como entendemos las biografías como relato, esas «memorias particulares» se confundan con la «memoria oficial» quizá, en el mejor de los casos, para contestarlas. Pienso al respecto en la especie de autobiografía de Perec, el popular Me acuerdo, en el que los recuerdos personales y colectivos se mezclan sin que importen unos más que otros y sin que respondan a un orden concreto: «Me acuerdo del atentado en Petit-Clement [...] Me acuerdo de que mi tío tenía un 11 CV con matrícula 7070RC2 [...] Me acuerdo del asesinato de Sharon Tate [...] Me acuerdo de un baile que se llamaba la raspa...»

De esto sabían bastante los feminismos de los setenta con su reconstrucción de la «herstory» frente a la «history»: los pequeños detalles, las «memorias particulares» podían sin problemas desmontar el relato que teníamos por oficial - «auténtico», «original»-. Ese que no acaba por ser sino una simple versión posible de los hechos tal y como ocurrieron. Sólo hace falta cambiar el paradigma y preguntarse de quién es esa historia, quién la cuenta y a quién afecta, y pronto descubriremos - especialmente aquellos que pertenecemos a alguna de las denominadas «minorías» (por género, orientación sexual, clase social, raza, etc.)- que estamos fuera de ese relato. Por eso resultan tan interesantes trabajos como el Rescue de Pura Arenal, basado, en palabras de su creadora, en «emancipar fragmentos escondidos pero que existen también y que la rutina visual nos había impedido descubrir»

Porque esas «pequeñas historias» no valen por rutina, por «norma» - eso que denominamos coloquialmente como «normal» quitándole al asunto la violencia que realmente - como documentos para la Historia (la que cuentan los manuales). No; a ella, supuestamente, sólo le interesan las «verdades» objetivas y demostrables y que acaban por no serlo en tanto que no son, también, sino una selección de lo que se incluye o se excluye en el relato en base a generalizaciones. Por llevarlo a un terreno claro, comparen una de las imágenes de Eduardo Mendoza con sus «Escritos en la tierra» capturando enormes paisajes de los que la figura humana parece haber quedado reducida a rastro con las fotografías de Babatz y Galdós, donde, casi a modo de souvenir, las botellas encontradas de Kathedrale du Zukunft crean una topografía del todo alejada de una representación de paisaje, al menos como lo entendemos tradicionalmente (como visión general y no centrada en un detalle en particular del mismo). Sin embargo, acaban por tener en común más de lo que en un principio podríamos imaginar: nos ayuda a comprenderlo el trabajo de Iván Larra, «Revelaciones del paisaje», en el que el autor mismo deja claro el propósito. De lo que se trata es de tomar «la ruina como concepto [...] la memoria de las intervenciones y acontecimientos humanos sobre el territorio».

O sea, que en ningún caso, ya sea como resto arqueológico, como ruina o simplemente como mirada - en tanto que es quien selecciona qué y cómo representar - la presencia del sujeto ha sido sacada de la representación, aunque a primera vista pudiera parecerlo. Así, ya se comenta, funciona también la supuesta objetividad de la Historia, esa que eludiendo los detalles aparentemente particulares y nimios se presenta como supuestamente objetiva aunque siempre hay alguien tras ella - tras su relato- que selecciona lo que debe quedar dentro y lo que debe quedar fuera de la representación.

Y mientras, la «realidad», o lo que quiera que ésta sea, no nos espera ahí fuera, en ese verdadero patchwork como el de Elena Jiménez que, en su remedo apropiacionista, incurre incluso en la paradoja de tratar de traer a la «realidad» la «realidad» misma, dejando claro, quizá, y otra vez, que esta no es sino una versión posible - la desaparición de la misma «realidad»

## Las magdalenas

En esto andaba yo liado mientras recordaba aquella noche (y con ella las palabras, casi recién traducidas, de David Wojnarowicz sobre algunos aspectos de la memoria y los encuentros: «recuerdos de caras esfumándose como finas escamas de hielo en los charcos en invierno, se disuelven, se vuelven parte del agua hasta el punto en que nunca podrán separarse ya de nuevo, y sin embargo permanecerán allí») cuando llegó un SMS a mi teléfono móvil: «Perdí el avión. Tengo aún un par de horas para coger el siguiente. Nos vemos a las 19:00 en Atocha. Bss».

¡Vaya! Y yo que ya daba aquel rostro por perdido en el charco de la memoria (y es que al final uno no es tan melancólico como parece). Desde luego, de haberlo sido aquello habría dado por completo al traste - al menos, hasta la próxima separación - con los planes de no cerrar el duelo ni asumir la pérdida - hasta de lo que nunca había llegado a tener realmente.

- «A las 19:00 nos vemos - respondí - . Llevaré una magdalena ;))»

Llegué temprano y para hacer más amena la espera decidí acercarme al monumento - obsesionado como andaba con la memoria - dedicado a los terribles atentados de aquel 11 de Marzo. No había casi nadie allí, salvo un par de turistas que seguro hacían caso a alguna de las últimas actualizaciones de su guía de viajes y querían verse - como se ve uno ante los monumentos- formando parte, aunque fuese durante el tiempo que el monumento impone, formando parte de un recuerdo que no les pertenecía. De pronto entró un hombre de avanzada edad y de luto rigurosos con una pequeña flor y una nota en la mano. No parecía formar parte de todos aquellos que cada día siguen rindiendo un sincero homenaje a las víctimas de aquella masacre imperdonable - inenarrable, seguro. Para la que tampoco hay palabras ni se puede explicar, o no al menos a quienes les tocó de cerca-. Aquel hombre se encaminó a un punto específico y, con la mirada fija en un punto de aquella cúpula, se agachó, sin apartar de él la mirada, para dejar en el suelo sus ofrendas. Esa mirada fija en un punto no tenía que ver, desde luego, nada con la mía ni con la de los turistas, ni con la que dirigen a las alturas aquellos que sí pueden tratar al menos de hablar de lo que allí sucedió: aquellos cuya mirada se pierde entre los centenares de nombres entre los que, a lo sumo, podemos tratar de buscar un nombre conocido. No; ese enlutado seco de lágrimas no miraba a «los muertos», sin rostro ni biografía, sin pequeña memoria particular, sino a aquel nombre que no desaparecía entre el resto - ¿su pareja?, ¿familiar?, ¿amigo? ¿Era aquella carta el recuerdo que no dejaría irse a quien - por desgracia- tuvo un día que marcharse contra voluntad? ¿O sería la «leyenda aprendida en lugares lejanos» con la que ayudar a quien se fue a andar su nuevo camino?

Sobrecogido como estaba - como siempre se está ante este tipo de monumentos, aunque sea un sobrecogimiento prestado-, me sobresalté hasta el respingo al notar una mano en mi hombro. Me dí la vuelta, con los ojos como platos olvidando todo salvo aquel contacto inesperado - y cada día casi cada contacto lo es en nuestro tiempo- para darme de bruces con mi amigo. Completamente distinto - no sé, incluso, si más guapo- de como le recordaba de la noche anterior. Quizá es que ya me había decidido definitivamente a olvidarlo.

Ya te podía yo andar buscando por la estación. ¿Para qué quieres el móvil?

Perdóname. Me he entretenido y se me ha ido la hora.

Bueno - dijo él guiñándome un ojo - . ¿Para eso están los monumentos, no? Para llevarnos a otro tiempo o a otro lugar.

¿Y cómo sabías, por cierto, que iba a estar aquí?

No lo sabía, pero a ver si te crees que soy idiota y que no se te notan las aficiones por estas cosas. Ya...- dije algo apocado, como si hubiera descubierto un terrible secreto. Como si hubiera abierto la carta de amor que, indudablemente, le habría entregado mirando aquellos ojos (aunque las cartas de amor, como los corazones tallados en los árboles de las obras de Manuel Bouzo - también con algo de monumentos privados - acaban por ser todos iguales y también por ellos pasa el tiempo) - Te he traído un regalo... - hay veces que

hay que dar esas cartas.

No hacía falta, hombre.

No es nada - dije metiendo la mano en mi bolsita de tela. Buscaba la magdalena que él me había dejado, pero sólo pude sacar de ella la mano llena de migajas - maldito descuido- y la nota pegada a uno de mis dedos que él me había escrito junto a ella. - Vaya...se ha deshecho... Bueno, era una tontería, en cualquier caso.

¿Una magdalena? Pues no, no lo era, la verdad. Creo que habría preferido tenerla antes que una fotografía tuya, por ejemplo.

Podemos comprar una ahora y te la llevas.

No. No te preocupes. Voy a pensar que era tu carta de amor: quedó la letra, pero desapareció el beso.

Bueno, por lo menos deja que te invite a un café. ¿Nos vamos de aquí?

Sí, vámonos. Aunque comparto tu afición por la melancolía, el recuerdo y estas cosas, estos sitios llenos de memoria me sobrepasan a veces.

Bueno, yo diría que de lo que están llenos, al menos para mi, es de Historia. ¿Conociste a alguien que estuviese allí?

No. Una amiga de mi prima sí.

Dejemos entonces que sea ella quien lllore por su «pequeña memoria». Y vamos a por ese café, que tienes que irte pronto.

Julio Pérez Manzanares

#### *Bibliografía:*

*Augé, Marc, Las Formas del Olvido, gedisa, 1998*

*Catelli, Nora, En la era de la intimidad. El espacio autobiográfico. Beatriz Viterbo, 2007*

*De Diego, Estrella. Travesías por la incertidumbre. Seix Barral, 2005*

*González García, Angel: Arte y terror. Mudito&Co, 2008*

*Hodgkin, Katherine y Radstone, Susanne, Contested pasts. The politics of memory. Routledge, 2003.*

*Huyssen, Andrea: Modernismo después de la modernidad. Gedisa, 2010*

*Pérec, George: Me acuerdo. Berenice, 2006*

*Pérez Manzanares, Julio: Lembranzas. (Cat. Exp) Galería Fernando Serrano, 2010*

*Perloff, Marjorie: What has ocured Only Once. Artes, 1995*

*Pollock, Griselda: Vision and Difference: Feminism, Femininity and Histories of Art. Routledge, 2003*

*Proust, Marcel: A la búsqueda del tiempo perdido (T. II). , Valdemar, 2000*

*Sontag, Susan, Ante el dolor de los demás. Alfaguara, 2003*

*Steiner, Barbara y Yang, Jun, Autobiography. Thames and Hudson, 2004*

*Zizek, Slavoj: Mirando al Sesgo. Paidós, 2000*

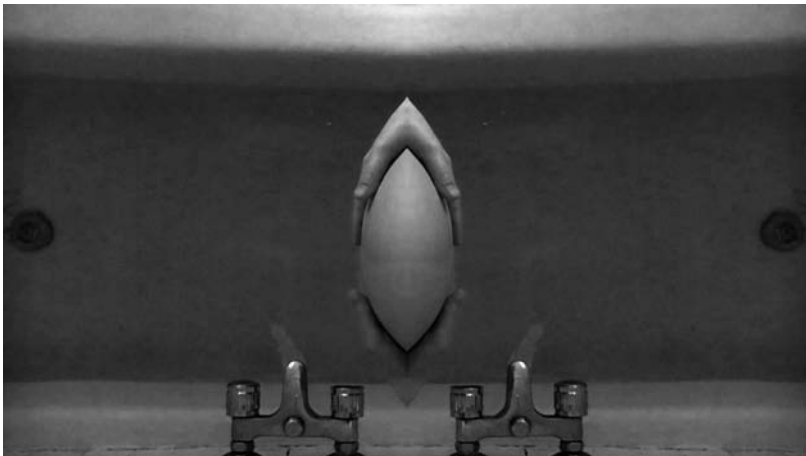
*Zweig, Stefan: El mundo de Ayer: Memorias de un europeo. Acantilado, 2002*

# Julia Bonanni

Nace y reside en Madrid  
[www.juliabonanni.com](http://www.juliabonanni.com)

## [M]other

Vídeo, 18'04, 2011



Licenciada en Comunicación Audiovisual por Emerson College (Boston, EE.UU.), trabaja desde hace una década para diversas productoras del sector en España. Desde 2007 realiza también performances, vídeos y proyectos fotográficos de forma independiente y viaja anualmente a la India, una suerte de país adoptivo donde produce la mayor parte de su obra.

Sobre la obra:

La bañera como útero, la memoria de la existencia como feto. [M]other es desdoblamiento y fusión. Alteridad y simbiosis. Flota la madre-bebé, que contiene el bebé-hijo, y los movimientos son simultáneos, idénticos. Fenómenos lentos y oscuros, preludio de la creación. El recuerdo del único lugar universal, que todos los humanos hemos habitado.

